

AUTORES Y LIBROS

El "Págueme" en la cuitada vida de Pablo de Rokha

¿En qué mes de 1894 nació, al fin, Pablo de Rokha? ¿El 25 de noviembre, como sostiene su biógrafo Fernando Lamberg, o el 17 de octubre, como afirma Lukó de Rokha, hija del poeta? En el primer caso, De Rokha sería sagitario. En el segundo, sería libra. Pablo de Rokha tenía mucho más aspecto de sagitario que de libra. Pero dejemos de lado las supersticiones zodiacales para abordar el tema de las costumbres.

La vida de Pablo de Rokha no discurrió exactamente en un lecho de rosas. Con más exactitud, discurrió en un lecho de rocas. El apellido Rokha, dicho sea de paso, que adoptó en su juventud en reemplazo de su nombre civil no podría traducirse por lo que él deseaba o sugería pues, en vez de "roca", Rokha vendría a significar "roja". Tendríamos así que Pablo de Rokha no sería sino Pablo de "Roja". Gracias a los desvelos de gente juiciosa como Nain Nómez (no Lain Gómez), Juan Pablo del Río y otros, la obra de Pablo de Rokha, uno de los tres o cuatro grandes de la poesía chilena de todos los tiempos, es desenterrada en estos días del panteón en que la sepultó la ingratitud de una época ante el asombro y el interés de los más jóvenes.

Según José de Rokha, hijo del autor de "Morfología del espanto", en su mayor parte las anécdotas que salpican el itinerario del poeta pertenecen de hecho al género de la fábula. En explicación pública de lo que fue la vida en familia del poeta, acontecimiento verificado en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el pintor José de Rokha afirmó que en la apreciación anecdótica del poeta desbarran por igual los especialistas en ditirambos y los maestros en diatribas. De acuerdo con sus palabras, Pablo, su padre, estuvo lejos de constituir el valentón algo megalómano que pretendieron destacar algunos. Como padre de familia, integrante él mismo de un elenco de 22 hermanos, con algunos de los cuales cortó amarras ya a horas del alba, no le fue fácil parar la olla cotidiana sin mengua del ropaje de arrogancia con

que suele vestirse el transformador del mundo. Cuesta muchísimo, en suma, vivir al mismo tiempo la fase de la creación poética y la fase del hombre que provee el sustento ordinario de los suyos.

En efecto, la lucha por los garbanzos de que hablan los españoles exhibe caracteres notablemente prosaicos. La lucha por la poesía llevó por lo común a los líridas antiguos a practicar una suerte de celibato. Si la Mistral y Neruda se hubieran llenado de hijos (Pablo de Rokha fue padre de nueve), es seguro que el destino de ambos habría mostrado líneas menos nítidas. Hombre pobre, no pobre hombre —"caballero proletario", como le gustaba definirse—, Pablo de Rokha concebía la existencia al modo de un combate descomunal o colosal contra las impías fuerzas del filisteísmo.

José de Rokha recordó sus horas de niñez pasadas en una casa modesta de la modesta calle Caupolicán, al otro lado del Mapocho. Allí se probó que el escritor es una institución virtualmente incapacitada para ganar plata. Las necesidades apremiantes obligaban al padre a recurrir a los servicios de la agencia de empeño (a cargo por lo general de un paisano español) situada en las cercanías. Había tiempos en que el viaje de los niños a la agencia de don Miguel, don Pepe o quien fuera, resultaba trajín diario. Don Miguel o don Pepe ostentaban la conducta de un hidalgo. Subían los valores de la prenda en oferta para servir mejor al poeta en apuros. De esta forma, yendo y viniendo, la vajilla de ochenta piezas de cristal se redujo a un lotecito de veinte. El caballero de la agencia de empeños seguía prestando el dinero como si se tratara del lote de ochenta. Lo más doloroso se produjo cuando el padre pidió a José que fuese a empeñar el más hermoso par de zapatos de la casa: los zapatos que usaba precisamente Pablo y que, con verdadero amor, lustraba el propio José soñando acaso en un futuro de pintor brillante. Aquellos zapatos, tasados a ojo de niño por José en la posibilidad de un

préstamo de 12 pesos, no lograron sacar en la realidad ni uno más que siete. La desilusión invadió al muchacho.

Pero todo eso no era terrible en comparación con el pavor que infundía un personaje de moda en dichos lugares y que no figuró jamás en nuestros libros: el "Págueme". Según José de Rokha, el "Págueme" era un auténtico fante o cocoliche de carne y hueso, un mastodonte de hombre, vestido con ropa de etiqueta y tarro de pelo. Este fante llegaba a la puerta de una casa y profería el enorme grito de batalla: "Fulano de tal, págueme". La insolencia y la vergüenza anonadaban a los moradores. Armado por los comerciantes del barrio, el "Págueme" hallaba escasa resistencia entre los vecinos que mantenían deudas insolutas.

La mañana en que el "Págueme" llegó a la casa de Pablo de Rokha presagió rayos y tormentas. Por las ventanas aparecieron ojos fijos. En ese mismo instante José de Rokha observó la trasfiguración de su padre. Al estentóreo e impudoroso bufido de "Págueme", Pablo de Rokha se colocó con otro grito más sonoro, delante del agresor vestido de etiqueta. El poeta arrebató el báculo de que se acompañaba el cobrador disfrazado y dándole golpes en las piernas lo exhortó a la fuga. El derrumbe bochornoso del "Págueme" desacreditó en el comercio del lugar tan indigno procedimiento de cobranza. Ello no permitiría librar de cuitas la difícil vida del poeta, pero al menos lo autorizaría a decir que había derrotado a un enemigo fantástico.

ARRATE-NOAILLES

Todavía hay quienes recuerdan a Safo, la poetisa de Mitilene que escribió un himno a Venus en el siglo VI a. de J.C. La Condesa de Noailles (princesa Ana Isabel de Brancovan, 1876-1933), según Ortega, la más condesa de las poetisas y la más poetisa de las condesas, rehizo a su modo el camino de su antepasada griega, cuya verdadera vida no fue del todo, al parecer, lo que de ella se ha contado. En "Más-



De Rokha: recuerdos de una insólita pelea en la que resultó triunfante.

cara negra" (Poesía del Mirador, Concepción), hoy, más bien en 1990, Marina Arrate propone una audaz resurrección de la pasión sáfica. Húmeda, desdoblándose en una inagotable vigilia carnal frente a un espejo, Marina Arrate emprende el rescate de Venus. Retumban en el fondo de su verso los ecos señoriales de Saint-John Perse. A veces la atmósfera algo tortuosa que encadenó la decadente angustia romántica de D'Annunzio.

Marina Arrate no improvisa. Ha leído. Si escribe como escribe es porque una poderosa voluntad de ser como es la anima. Por ejemplo: "Coronas para mi amada, / coronas azules para su cabellera dorada / vasos frágiles y fuertes para sus largas manos / telas tenues y misteriosas para la seda de sus dedos / versos puros y perfectos para su boca / y películas de arroz, escapularios ardientes / roncacas caracolas y locas / piedras marinas para su lujol dorado, historias de barcos / en infinito peregrinaje / y telas y telas / en telas imperiales..." ("La dorada muñeca del imperio).